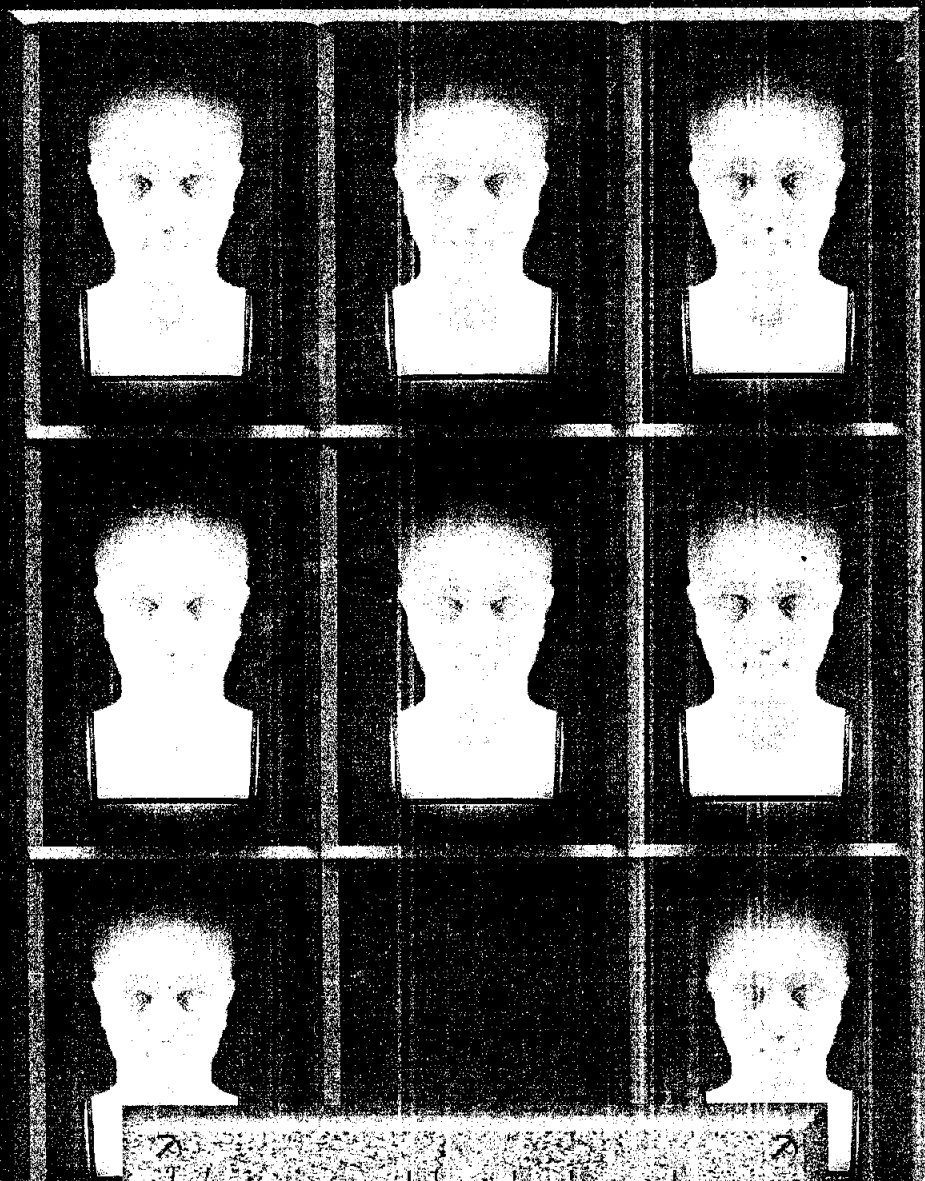

Masculinities

R. W. Connell

CAPÍTULO 2

LA ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LA MASCULINIDAD

En el capítulo 1 revisamos las principales corrientes de investigación del siglo XX y vimos cómo fueron incapaces de producir una ciencia de la masculinidad coherente. Lo que mostramos no fue tanto el fracaso de la ciencia sino la imposibilidad de la tarea. La masculinidad no es un objeto lógico a partir del cual pueda producirse una ciencia generalizadora. Sin embargo, sí podemos obtener conocimientos coherentes de las cuestiones que surjan de nuestros intentos. Si ampliamos el ángulo de visión, entenderemos a la masculinidad no como un objeto aislado, sino como un aspecto de una estructura mayor.

Para hacerlo necesitamos una explicación de esta estructura y de cómo se localizan las masculinidades en ella. El objetivo de este capítulo es trazar un marco de trabajo a partir de los análisis contemporáneos de las relaciones de género. Este marco proporcionará una forma de distinguir los tipos de masculinidad y comprender la dinámica del cambio.

Sin embargo, primero debemos aclarar ciertos conceptos. La definición del término básico de la discusión no ha quedado perfectamente clara.

Definir la masculinidad

Todas las sociedades tienen explicaciones culturales del género, pero no todas tienen el concepto de *masculinidad*. En la actualidad el término supone que el comportamiento de cada quien es el resultado del tipo de persona que se es. En otras palabras, una persona no masculina se comportará de forma distinta: será pacífica en vez de violenta, conciliadora en vez de dominante, no

podrá patear un balón de futbol, no le interesarán las conquistas sexuales, etcétera.

El concepto presupone la creencia en la diferencia individual y la *agencia* personal. En este sentido se construye sobre la noción de individualidad desarrollada cuando se constituía la Europa moderna, gracias al crecimiento de los imperios coloniales y las relaciones económicas capitalistas (cuestión que exploraré en el capítulo 8).

Sin embargo, el concepto es inherentemente relacional. La *masculinidad* no existe más que en oposición a la *feminidad*. Una cultura que no trata a las mujeres y los hombres como portadores de tipos de personalidad polarizados, por lo menos en principio, no tiene un concepto de masculinidad según la noción cultural europea y estadounidense moderna.

La investigación histórica sugiere que lo mismo podría decirse de la cultura europea misma antes del siglo XVIII. A las mujeres se les consideraba claramente distintas a los hombres, pero la diferencia residía en que se les consideraba representaciones incompletas o inferiores de un mismo carácter (por ejemplo, tenían menor capacidad de razonar). No se pensaba que las mujeres y los hombres portaban caracteres que eran cualitativamente diferentes; esta noción acompañó a la ideología burguesa de las "esferas separadas" del siglo XIX.[1]

En ambos casos, nuestro concepto de masculinidad parece ser un producto histórico bastante reciente, cuando mucho con unos cuantos cientos de años. En consecuencia, cuando hablamos de la masculinidad estamos "construyendo al género" de una forma cultural específica. Cualquier proposición que afirme haber descubierto verdades transhistóricas acerca de la hombría y lo masculino debe considerar siempre lo anterior.

La mayoría de las definiciones de masculinidad han supuesto un punto de partida cultural, pero han seguido distintas estrategias para caracterizar el tipo de persona que es masculina. A continuación mencionaré las cuatro principales que pueden distinguirse en términos de su lógica interna, aunque en la práctica a menudo aparezcan combinadas.

[1] Bloch, 1978, esboza el argumento en las clases medias protestantes de Inglaterra y Estados Unidos. Laqueur, 1990, ofrece un argumento más demoledor que, siguiendo las mismas líneas, se enfoca en el cuerpo.

Las definiciones *esencialistas* normalmente seleccionan una característica que define la esencia de lo masculino y fundamentan su explicación de las vidas de los hombres en ella. Freud jugueteó con una definición esencialista cuando igualó la masculinidad con la actividad, mientras que a la feminidad le asignó la pasividad —aunque sí consideró que sus ecuaciones simplificaban demasiado el asunto—. Los intentos de autores posteriores por capturar la esencia de la masculinidad son realmente variados: capacidad para arriesgarse, responsabilidad, irresponsabilidad, agresividad, energía de Zeus... Tal vez el ejemplo más sofisticado sea el del sociobiólogo Lionel Tiger, quien suponía que la verdadera virilidad, la que apuntala el vínculo masculino y la guerra, se debe a "fenómenos pesados y rudos".[2] Muchos admiradores del "heavy metal" estarían de acuerdo con la explicación.

La debilidad del enfoque esencialista es obvia: la selección de la esencia es demasiado arbitraria. No hay nada que obligue a diferentes esencialistas a estar de acuerdo; en realidad, pocas veces lo están. Las afirmaciones que suponen que existe una base esencial universal de masculinidad nos dicen más sobre el carácter distintivo de quien las afirma que sobre otra cosa.

La ciencia social *positivista*, con un carácter distintivo que enfatiza la búsqueda de hechos, proporciona una definición sencilla de la masculinidad: lo que los hombres son en realidad. Esta definición es el fundamento lógico de las escalas masculinidad/femininidad (M/F) de la psicología, cuyos elementos adquieren validez mostrando que son capaces de distinguir estadísticamente entre grupos de mujeres y hombres. La definición también es la base de las discusiones etnográficas de masculinidad que describen el patrón de las vidas de los hombres en una cultura dada y a eso lo llaman el patrón de la masculinidad, sin importar de qué cultura se trate.[3]

[2] Tiger, 1969, p. 211. Tiger llega incluso a sugerir que la guerra podría ser parte de la "estética masculina", como manejar un auto de carreras a velocidades muy altas... Vale la pena seguir leyendo; al igual que Bly, en *Iron John*, un ejemplo sorprendente de las tontas ideas que pueden desprenderse al considerar la masculinidad, en su caso influenciadas por lo que C. Wright Mills alguna vez llamó "realismo excéntrico" (*crackpot realism*).

[3] Constantinople, 1973, en lo que constituye ya un estudio clásico, mostró la profundamente confusa lógica de las escalas M/F. El positivismo etnográfico so-

Al respecto podemos apuntar tres problemas. En primer lugar y de acuerdo con la epistemología moderna, una descripción no puede existir sin un punto de vista. Las descripciones, aparentemente neutrales, sobre las cuales descansan estas definiciones se ven apuntaladas por las suposiciones sobre el género. Es obvio que para comenzar a formar una escala M/F se debe tener alguna idea de qué es lo que se va a contar o listar para poder hacer los reactivos.

En segundo lugar, para hacer una lista de qué es lo que hacen los hombres y las mujeres es necesario que la gente esté catalogada desde el principio en alguna de las dos categorías, "hombres" o "mujeres". Como Suzanne Kessler y Wendy McKenna demostraron en su clásico estudio etnometodológico de la investigación sobre género, el hecho de que el proceso sea uno en el cual la atribución social utilice tipologías de género derivadas del sentido común es ineludible. Entonces, el procedimiento positivista se basa en las mismas tipologías que supuestamente se estudian cuando se hace investigación de género.

En tercer lugar, definir la masculinidad como "lo que los hombres son empíricamente" es descartar situaciones en las cuales llamamos a algunas mujeres "masculinas" y a algunos hombres "femeninos"; tampoco podríamos explicar algunas acciones a las cuales llamamos actitudes "masculinas" o "femeninas", sin importar quien las ejecute. No se trata de un uso trivial de los términos. Es crucial, por ejemplo, en el pensamiento psicoanalítico sobre las contradicciones en la personalidad.

Es más, este uso es fundamental para el análisis de género. Si habláramos únicamente de las diferencias entre el bloque de los hombres y el bloque de las mujeres no necesitaríamos los términos "masculino" y "femenino". Sólo hablaríamos de lo que es "de los hombres" y "de las mujeres" o de "hombre" y "mujer". Las palabras "masculino" y "femenino" apuntan más allá de la diferencia sexual categórica e incluyen las formas en las cuales los hombres se distinguen entre ellos, y las mujeres entre ellas, en cuestiones de género.[4]

bre la masculinidad alcanza su nadir en Gilmore, 1990, quien se balancea entre la teoría normativa y la práctica positivista.

[4] Kessler y McKenna, 1978, desarrollaron un argumento muy importante sobre la "primacía de la atribución del género". Para conocer una brillante discusión sobre las mujeres masculinas, véase Devor, 1989.

Las definiciones *normativas* reconocen estas diferencias y ofrecen una norma: la masculinidad es lo que los hombres deben ser. Esta definición puede encontrarse en los estudios sobre los medios de comunicación, en las discusiones de ejemplos como John Wayne o de géneros fílmicos como el "thriller". La teoría de los roles sexuales más estricta se acerca a la masculinidad justo como una norma social para el comportamiento de los hombres. En la práctica, los textos sobre el rol sexual masculino a menudo mezclan definiciones normativas con esencialistas, como en el trabajo de Robert Brannon sobre la huella de masculinidad de "nuestra cultura": No Sissy Stuff, The Big Wheel, The Sturdy Oak and Give 'emHell (No es juego de Niñas, la Gran Rueda, el fuerte Roble y Llévenlos al Infierno).[5]

Las definiciones normativas permiten que hombres distintos se aproximen de diferentes formas a las normas. Sin embargo, pronto se producen paradojas, como las que se detectaron en los primeros escritos del movimiento de liberación de los hombres. Pocos hombres se ajustan a la "huella" o muestran la rudeza y la independencia de Wayne, Bogart o Eastwood. (Las mismas películas detectan este aspecto en parodias como *Blazing Saddles* y *Play it Again, Sam*). ¿Qué hay de "normativo" en una norma a la que nadie se ajusta? ¿Tendríamos que decir que la mayoría de los hombres son "poco masculinos"? ¿Cómo probamos la rudeza necesaria para ajustarse a la norma de rudeza, o el heroísmo necesario para ser denominado gay?

Otro problema aún más sutil es que una definición meramente normativa no puede convertirse en la base de una masculinidad al nivel de la personalidad. Joseph Pleck identificó certeramente las suposiciones, poco garantizadas, que consideraban que el rol y la identidad se correspondían. Esta suposición es, creo yo, la razón por la cual la teoría del rol sexual suele acercarse al esencialismo.

Las aproximaciones *semióticas* abandonan el nivel de la personalidad y definen la masculinidad a través de un sistema de diferencias simbólicas en el cual se contrastan los espacios masculino

[5] Easthope, 1986; Brannon, 1976.

y femenino. Así, la masculinidad queda definida como la *no feminidad*.

Este modelo sigue las fórmulas de la lingüística estructural en la cual los elementos del discurso se definen por las diferencias que existen entre ellos mismos. Los análisis culturales feministas y postestructuralistas del género, el psicoanálisis lacaniano y los estudios del simbolismo han utilizado ampliamente esta aproximación. El resultado es más que un mero contraste abstracto entre la masculinidad y la feminidad del tipo del que se encuentra en las escalas M/F. En la oposición semiótica entre la masculinidad y la feminidad, la primera constituye un término sin marcar, es el lugar de la autoridad simbólica. El falo es el significante de dicha autoridad y la feminidad se define de manera simbólica como una carencia.

Esta definición de masculinidad es muy útil en el análisis cultural. Se escabulle de la arbitrariedad del esencialismo y las paradojas de las definiciones normativas y positivistas. Sin embargo, su alcance es muy limitado —a menos que se asuma, como cierta parte de la teoría posmoderna hace, que el análisis social sólo puede referirse al discurso—. Para poder manejar el amplio rango de cuestiones relacionadas con la masculinidad necesitamos formas para referirnos a otro tipo de relaciones: a las que se dan en los ámbitos de la producción y el consumo; en ámbitos de las instituciones y el medio ambiente natural; en ámbitos de luchas sociales y militares —ámbitos todos que están ligados al género.[6]

El principio de conexiones sí puede generalizarse. La idea de que un símbolo sólo puede comprenderse dentro de un sistema de símbolos relacionados entre sí bien puede aplicarse a otras esferas. Sólo un sistema de relaciones de género puede producir alguna masculinidad.

En lugar de intentar definir a la masculinidad como un objeto (un tipo de carácter natural, un promedio de comportamiento, una norma), necesitamos centrarnos en los procesos y las relaciones a través de los cuales los hombres y las mujeres viven vidas ligadas al género. La *masculinidad*, hasta el punto en que el término puede definirse, es un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género, y en los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura.

[6] En la bibliografía sobre la masculinidad no es común encontrarse con una aproximación estrictamente semiótica; en general, una aproximación así se encontrará en tratamientos menos específicos de género. Sin embargo, Saco, 1992, ofrece una defensa muy clara de este tipo de perspectiva y su potencial puede dilucidarse de la colección en la cual aparece su trabajo Craig, 1992.

El género como una estructura de la práctica social

En esta sección presentaré, tan brevemente como sea posible, el análisis del concepto *género* que sostiene el argumento del libro.

El género es una de las formas en las que se ordena la práctica social. En los procesos de género, la conducta cotidiana se organiza en relación con un ámbito reproductivo, definido por las estructuras corporales y los procesos de reproducción humana. Este ámbito incluye la excitación y el intercambio sexual, el nacimiento y cuidado infantil, las diferencias y semejanzas sexuales corporales.

Utilicé la frase "ámbito reproductivo" y no "base biológica" para enfatizar, como ya mencioné en el capítulo 2, que estamos hablando de procesos históricos que involucran al cuerpo y no de una serie fija de determinantes biológicos. El género es una práctica social que se refiere constantemente a los cuerpos y a lo que éstos hacen; no es una práctica social que se reduzca únicamente al cuerpo. Es más, podemos decir que el reduccionismo es justo lo contrario de la situación real. La noción de género existe precisamente en tanto que la biología *no* determina lo social y marca uno de esos momentos de transición en los cuales un proceso histórico sustituye a la evolución biológica como forma de cambio. Desde el punto de vista esencialista, el concepto de género es escandaloso, es una aberración. La sociobiología intenta abolirlo constantemente al probar que los consensos sociales humanos son el reflejo de imperativos evolutivos.

La práctica social es creativa e inventiva, no rudimentaria; responde a situaciones particulares y se origina dentro de estructuras definidas de relaciones sociales. Las relaciones de género, las relaciones entre las personas y los grupos organizados por el

ámbito reproductivo forman una de las estructuras principales de las sociedades de las cuales tenemos información.

La práctica relacionada con estas estructuras, que se genera cuando las personas y los grupos se enfrentan a su situación histórica, no se da en actos aislados. Las acciones se configuran como unidades mayores y, cuando nos referimos a la masculinidad y la feminidad, nos referimos a configuraciones de las prácticas de género.

El término configuración es tal vez demasiado estático. El concepto realmente importante es el de proceso de configuración de la práctica. (En *Search for a Method*, Jean-Paul Sartre se refiere a la "unificación de los medios en acción"). Si adoptamos un punto de vista dinámico de la organización de la práctica, llegaremos a comprender la masculinidad y feminidad como *proyectos de género*. Se trata de procesos de configuración de la práctica a través del tiempo, que transforman sus puntos de partida en estructuras de género. En los estudios de caso que presentaré en la segunda parte del libro analizaré las vidas de varios grupos de hombres como proyectos de género en este sentido.[7]

Sin importar la forma en que dividamos al mundo ni la unidad de análisis que elijamos, siempre encontraremos la configuración de la práctica debida al género. La manera más familiar de dividir al mundo es la que se rige por el curso de la vida de un individuo, esto es, la que tiene como base las nociones de masculinidad y feminidad derivadas del sentido común. Se trata de la configuración de la práctica que la psicología tradicionalmente ha llamado "personalidad" o "carácter". Los argumentos psicoanalíticos que discutimos en el capítulo 1 se centran casi exclusivamente en ella.

Una aproximación de este tipo tiende a exagerar la coherencia de la práctica que se sigue en cualquier lugar. Por lo tanto, no debe sorprender que el psicoanálisis, que originalmente enfatizaba la contradicción, se haya orientado al concepto de "identidad". La bibliografía postestructuralista que critica la psicología, como la escrita por Wendy Hollway, ha enfatizado que las identidades de género se fracturan y cambian debido a que múltiples

[7] Sartre, 1968, pp. 159-160.

discursos intersectan la vida de cualquier individuo.[8] El argumento subraya otra área más: la del discurso, la ideología o la cultura. En este contexto, el género se organiza en prácticas simbólicas que pueden abarcar mucho más que la vida de un individuo (por ejemplo, la construcción de masculinidades heroicas en la épica; la construcción de "disforias de género" o las "perversiones" en la teoría médica).

En el capítulo 1 apuntamos la manera en la cual las ciencias sociales reconocieron un tercer espacio para la configuración de género: el de instituciones como el Estado, el lugar de trabajo y la escuela. Para muchos es difícil aceptar que las instituciones se encuentran sustantivamente, y no sólo de manera metafórica, estructuradas tomando como base el género. Sin embargo, éste es un punto clave de nuestra discusión.

Por ejemplo, el Estado es una institución masculina, y decir esto no sólo implica que la personalidad de los funcionarios que lo encabezan se filtre e impregne la institución. Lo que quiero decir es algo mucho más profundo: las prácticas de organización del Estado se estructuran en relación al ámbito reproductivo. La abrumadora mayoría de funcionarios de alto nivel son hombres porque existe una configuración de género en la contratación y promoción; una configuración de género en la división interna del trabajo y los sistemas de control; una configuración de género en el diseño de políticas, de las rutinas prácticas y de las formas de movilizar el placer y el consentimiento.[9]

La estructuración de una práctica tomando como base el género no siempre tiene que relacionarse biológicamente con la reproducción. El punto de contacto con el ámbito reproductivo es social, lo que queda claro cuando se le cuestiona. Recordemos, por ejemplo, el reciente debate que se dio dentro del Estado sobre los "homosexuales en las fuerzas armadas", esto es, sobre las reglamentaciones que excluyen a los soldados y los marinos debido a la elección de su objeto sexual. En Estados Unidos, donde esta discusión fue más severa, los críticos a favor del cambio utilizaron argumentos basados en las libertades civiles y la eficiencia militar, y sostuvieron que, en realidad, la elección del objeto

[8] Hollway, 1984.

[9] Franzway, *et al.*, 1989; Grant y Tancred, 1992.

sexual no tiene nada que ver con la capacidad para matar. Los almirantes y generales defendieron el *statu quo* con una variedad de motivos espurios. Sin embargo, la verdadera razón, que nunca admitieron, era la importancia cultural de una definición específica de masculinidad para mantener la frágil cohesión de las fuerzas armadas modernas.

Gracias al trabajo que realizaron Juliet Mitchell y Gayle Rubin en la década de los setenta nos ha quedado claro que el género es una estructura internamente compleja, en la cual se superponen diferentes lógicas. Este hecho tiene especial importancia en el análisis de las masculinidades. Cada una de ellas, por ser una configuración de la práctica, se sitúa de forma simultánea en varias estructuras de relación, que podrían estar cursando diversas trayectorias históricas. En consecuencia, la masculinidad, como la feminidad, siempre está sujeta a contradicciones internas y rupturas históricas.

Necesitamos un modelo para la estructura de género que actúe, por lo menos, en tres dimensiones, que distinga relaciones de a) poder; b) producción y c) *catexis* (vínculos emocionales). Aunque se trata de un modelo provisional es bastante útil para reflexionar sobre la masculinidad.[10]

a) *Relaciones de poder*: el principal eje del poder en los sistemas de género europeo y estadounidense contemporáneos es la total subordinación de las mujeres y la dominación de los hombres (el denominado "patriarcado" según el movimiento de liberación de las mujeres). Esta estructura general existe a pesar de que la situación a veces se invierte en situaciones particulares (por ejemplo, mujeres que sostienen una familia, profesoras con estudiantes hombres), y se da a pesar de la existencia de diversos tipos de resistencia, articulados ahora en el feminismo. Estas inversiones y resistencias constituyen problemas continuos para el poder patriarcal y definen un problema de legitimidad que tiene gran importancia en la política de la masculinidad.

[10] Mitchell, 1971; Rubin, 1975. El modelo de tres partes puede verse en Connell, 1987.

b) *Relaciones de producción:* la división del trabajo debida al género es muy común en lo que respecta a la designación de tareas y, a menudo, alcanza un extraordinario grado de detalle. (En el poblado inglés que estudió la socióloga Pauline Hunt, por ejemplo, la costumbre era que las mujeres lavaran la parte interior de las ventanas de la casa, mientras que los hombres lavaban la parte exterior). La misma atención debe prestarse a las consecuencias económicas de la división del trabajo debida al género y a los dividendos que pueden acumular los hombres por la desigualdad en la distribución de los productos del trabajo social. Normalmente, la discusión se lleva a cabo en términos de discriminación salarial, pero también debe considerarse el carácter del capital relacionado con el género. Una economía capitalista que se desarrolla a través de la división del trabajo basada en el género es, necesariamente, un proceso de acumulación que también depende del género. Por lo tanto, el hecho de que sean los hombres, y no las mujeres, los que controlen las corporaciones más importantes y las grandes fortunas privadas no es ningún accidente estadístico, sino parte de la construcción social de la masculinidad. Por improbable que parezca, la acumulación de la riqueza se ha vinculado firmemente al ámbito reproductivo debido a las relaciones sociales de género.[11]

c) *Catexis:* como ya apunté en el capítulo 2, el deseo sexual se considera a menudo como algo tan natural, que normalmente se le excluye de la teoría social. Sin embargo, si consideramos el deseo en términos freudianos, esto es, como la energía emocional asignada a un objeto, queda claro el carácter que lo liga con el género. Lo anterior es verdad tanto para el deseo heterosexual como para el homosexual. (Es sorprendente que en nuestra cultura la selección de un objeto sexual sin género, el deseo "bisexual", se considere enfermo, desequilibrado e inestable). En consecuencia, las prácticas que dan forma y actualizan el deseo son un aspec-

[11] Hunt, 1980. Sin embargo, la economía política feminista marcha viento en popa; estas notas se basan en Mies, 1986; Waring, 1988; Armstrong y Armstrong, 1990.

> to del sistema de género. Según esto, podríamos hacernos preguntas políticas sobre las relaciones involucradas: si son consensuales o coercitivas, si el placer se da y se recibe equitativamente. Para los análisis feministas de sexualidad, se trata de preguntas agudas sobre la relación que existe entre la heterosexualidad y la posición de dominación sexual de los hombres.[12]

Debido a que el género es una forma de estructurar la práctica social en general, y no un tipo especial de dicha práctica, se relaciona inevitablemente con otras estructuras sociales. En la actualidad es común decir que el género se "intersecta" —mejor aún, interactúa— con la raza y la clase social. También podríamos añadir que de forma constante interactúa con la nacionalidad o la posición en el orden mundial.

Eso también tiene fuertes implicaciones en el análisis de la masculinidad. Las masculinidades de los hombres de raza blanca, por ejemplo, se construyen no sólo en relación con las mujeres blancas, sino también con los hombres negros. Paul Hoch, en su libro *White Hero, Black Beast* (*Héroe blanco, bestia negra*) apuntaba, hace más de una década, lo penetrante que son las imágenes raciales en los discursos occidentales de masculinidad. El temor de los blancos a la violencia de los hombres negros tiene una larga historia en los periodos coloniales y poscoloniales. El temor negro al terrorismo de los hombres blancos, cimentado en la historia del colonialismo, se basa continuamente en el control que tienen los hombres blancos de la policía, los juzgados y las prisiones de los países metropolitanos. Los hombres afroamericanos están sobrerrepresentados masivamente en las cárceles de Estados Unidos, lo mismo que los hombres aborígenes en las prisiones australianas. La frase "El Hombre", expresión que utilizan los negros en Estados Unidos, funde perfectamente la masculinidad blanca con el poder institucional. Como dice Ice-T, el cantante negro de rap:

[12] Gran parte del mejor trabajo que se ha escrito sobre la política de la heterosexualidad es de Canadá: Valverde, 1985; Buchbinder, *et al.*, 1987. La aproximación conceptual presentada aquí es de Connell y Dowsett, 1992.

> No importa si estás dentro o fuera. El *gueto* y la penitenciaría... todo está institucionalizado. El Hombre los controla... Desde 1976 abandonaron la rehabilitación de nuestros Hermanos (*Brothers*). Ahora sólo se les castiga. La respuesta del Hombre al problema ya no es la educación —son más prisiones—. Dicen: "No vamos a educarlos, vamos a encerrarlos, ¡carajo!" Así que cuando sales, tu cerebro ha muerto y el ciclo vuelve a empezar.[13]

Igualmente, es imposible comprender cómo se forman las masculinidades de la clase obrera sin considerar tanto su clase como su política de género. Lo anterior puede verse claramente en estudios históricos como el de Sonya Rose, *Limited Livelihoods* (*Supervivencia limitada*), realizado en la Inglaterra industrial del siglo XIX. El ideal de la virilidad y el autorrespeto obrero se construyó como una respuesta a las estrategias paternalistas y de despojo de la dirección; dicha construcción se dio al mismo tiempo y utilizando los mismos gestos que la construcción que se definía en contra de las mujeres obreras. La estrategia del "salario familiar", que disminuyó durante tanto tiempo los salarios de las mujeres en las economías del siglo XX, surgió de esta situación.[14] Por lo tanto, para comprender el concepto de género debemos siempre ir más allá del género. Lo mismo podemos decir de la situación inversa. No podemos comprender la desigualdad racial o mundial sin aproximarnos continuamente al género. Las relaciones de género son un componente fundamental de la estructura social como un todo, y la política de género es uno de los principales determinantes de nuestro destino colectivo.

Las relaciones entre las masculinidades: hegemonía, subordinación, complicidad, marginación

Conforme vamos reconociendo las relaciones que se establecen entre el género, la clase y la raza, también se ha vuelto común reconocer masculinidades múltiples: blancas y negras, obreras

[13] Entrevista a Ice-T en *City on a Hill Press* (Santa Cruz, Cal.), 21 de enero de 1993; Hoch, 1979.

[14] Rose, 1992, especialmente el capítulo 6.

y de clase media. Esto ha sido bueno, pero también se corre el riesgo de simplificar demasiado la situación, ya que es muy fácil, considerando este contexto, hablar de *una* masculinidad negra o *una* masculinidad obrera.

Reconocer que no hay sólo una masculinidad es el primer paso. También tenemos que examinar las relaciones entre las diversas masculinidades. Es más, tenemos que desmenuzar los mundos circundantes a la clase y la raza, y analizar las relaciones de género que operan en ellas. Después de todo, existen hombres negros gays y obreros afeminados, sin mencionar a los violadores de clase media y los burgueses travestis.

Para mantener un análisis dinámico y prevenir que el reconocimiento de la multiplicidad de las masculinidades se colapse en una tipología de personalidades, como le ocurrió a Fromm en *Authoritarian Personality* (*La personalidad autoritaria*), debemos centrarnos en las relaciones de género que se establecen entre los hombres. "La masculinidad hegemónica" no es un tipo de personalidad fija, siempre igual en todas partes. Se trata más bien de la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de las relaciones de género, posición que es siempre discutible.

Un punto de vista que se centre en las relaciones también ofrece mayor realismo. Reconocer masculinidades múltiples, especialmente en una cultura tan individualista como la de Estados Unidos, lleva consigo el riesgo de considerarlas como formas de vida alternativas, esto es, como cuestión de selección por un consumidor. Una aproximación a las relaciones facilita reconocer las fuertes compulsiones bajo las cuales se configura el género, la amargura y el placer derivados de la experiencia dependiente del género.

Considerando estas líneas generales, analicemos las prácticas y relaciones que construyen los principales patrones de masculinidad en el orden de género occidental actual.

Hegemonía

El concepto de "hegemonía", derivado del análisis que hizo Antonio Gramsci de las relaciones de clase, se refiere a la dinámica

cultural por medio de la cual un grupo exige y sostiene una posición de mando en la vida social. Sin importar cuál sea el momento, la cultura siempre preferirá alguna forma de masculinidad. La masculinidad hegemónica puede definirse como la configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico, al problema de la legitimidad del patriarcado, lo que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres.[15]

Con esto no quiero decir que quienes de forma más visible portan la masculinidad hegemónica sean los más poderosos. Puede tratarse de ejemplos, como los actores de películas, o incluso figuras fantásticas, como los personajes de las mismas. Los portadores individuales del poder institucional o de grandes riquezas pueden estar lejos del modelo hegemónico en sus vidas personales. (Así, un miembro hombre de una prominente dinastía de negociantes fue figura clave del escenario social gay y travesti de Sydney durante la década de los cincuenta debido a la riqueza y la protección que podía dar en los años de la guerra fría contra el acoso político y policiaco).[16]

Sin embargo, la hegemonía sólo se establecerá si existe cierta correspondencia entre el ideal cultural y el poder institucional, colectivo sino es que individual. Así, los niveles más altos en los negocios, la milicia y el gobierno proporcionan una muestra colectiva muy convincente de la masculinidad, poco perturbada aún por las feministas o los hombres disidentes. La principal característica de la hegemonía es el éxito de su reclamo a la autoridad, más que la violencia directa (aunque la violencia a menudo apuntala o sostiene a la autoridad).

Es necesario enfatizar que la masculinidad hegemónica incorpora una estrategia "aceptada actualmente". Cuando las condiciones que defienden el patriarcado cambian, las bases de la dominación de una masculinidad particular se erosionan. Los

[15] Enfatizaré el carácter dinámico del concepto de hegemonía de Gramsci, que no es la teoría funcionalista de la reproducción cultural que siempre se presenta. Gramsci siempre imaginó una lucha social por el liderazgo en el cambio histórico.

[16] Wotherspoon, 1991 (capítulo 3), describe discretamente este contexto, sin mencionar a los individuos.

nuevos grupos cuestionan las viejas soluciones y construyen una nueva hegemonía. Las mujeres pueden desafiar la dominación de cualquier grupo de hombres. En consecuencia, la hegemonía es una relación históricamente móvil. Su flujo y reflujo son elementos clave de la descripción de masculinidad que proponemos en este libro. En el capítulo 8 examinaré su larga historia y en el 9 y 10 me referiré a los cuestionamientos más recientes.

Subordinación

La hegemonía se relaciona con la dominación cultural en la sociedad como un todo. Dentro de ese marco completo, se dan relaciones de dominación y subordinación específicas, entre los grupos de hombres, que se estructuran de acuerdo al género.

El caso más importante en las sociedades europea y estadounidense contemporáneas es la dominación de los hombres heterosexuales y la subordinación de los hombres homosexuales. Se trata de mucho más que una mera estigmatización cultural de la identidad homosexual o gay. Los hombres gays se encuentran subordinados a los hombres heterosexuales por toda una serie de prácticas materiales.

Los textos producidos en los inicios del movimiento de liberación de los hombres, como el de Dennis Altman, llamado *Homosexual: Opression and Liberation* (*El homosexual: opresión y liberación*), enumeran dichas prácticas y algunos estudios las documentan, como el informe de 1982 del NSW Anti-Discrimination Board, llamado *Discrimination and Homosexuality* (*La discriminación y la homosexualidad*). En la actualidad, estas prácticas todavía forman parte de la vida cotidiana de los hombres homosexuales, entre ellas la exclusión cultural y política, el abuso cultural (en Estados Unidos, los hombres gays son ahora el principal blanco simbólico de la derecha religiosa), la violencia legal (como el encarcelamiento bajo la acusación de sodomía), la violencia en la calle (que incluye desde la intimidación hasta el asesinato), la discriminación económica y los boicots personales. Por eso no sorprende que un obrero australiano, al reflexionar sobre su experiencia como producto de una cultura homofóbica, declarara:

> No me había dado cuenta en realidad de lo que es ser gay. Es vivir una vida espuria.[17]

La opresión coloca las masculinidades homosexuales en el fondo de una jerarquía entre los hombres que se estructura de acuerdo al género. Para la ideología patriarcal, la homosexualidad es el depósito de todo aquello que la masculinidad hegemónica desecha simbólicamente, incluyendo desde un gusto quisquilloso al decorar la casa hasta el placer anal receptivo. Por lo tanto, desde el punto de vista de la masculinidad hegemónica, la homosexualidad se asimila con facilidad a la feminidad. De ahí la ferocidad de los ataques homofóbicos, desde el punto de vista de algunas teorizaciones sobre lo gay.

La masculinidad gay es la más conspicua, aunque no es la única masculinidad subordinada. El círculo de legitimidad también expulsa a algunos hombres y niños heterosexuales. El proceso se caracteriza por una gran variedad de términos que denotan el abuso: adamado, bujarrón, maricón, invertido, gallina, puto, maricón, mariposón, culero, cuatrojos, afeminado, pato, sodomita y muchos más.* Aquí también puede detectarse cómo los límites se confunden simbólicamente con la feminidad.

Complicidad

Como apunté, las definiciones normativas de la masculinidad se enfrentan al problema de que no muchos hombres se ajustan a los estándares normativos. Lo mismo puede decirse de la masculinidad hegemónica. La cantidad de hombres que practican rigurosamente el patrón hegemónico en su totalidad puede ser muy pequeña. Sin embargo, la mayoría de los hombres ganan con esta hegemonía, ya que se benefician de los dividendos del

[17] Altman, 1972; Anti-Discrimination Board 1982. Citas de Connell, Davis y Dowsett, 1993, p. 122.

* Los términos que utiliza Connell son *wimp, wilksop, nerd, turkey, sissy, lily liver, jellyfish, yellowbelly, candy ass, ladyfinger, pushover, cookie pusher, cream puff, motherfucker, pantywaist, mother's boy, four-eyes, ear'ole, dweeb, geek, milquetoast, cedric*. Decidimos poner algunos de los apelativos que se usan en el español.

patriarcado; en general, el hombre obtiene ventajas de la subordinación general de las mujeres.

Como vimos en el capítulo 1, las descripciones de la masculinidad normalmente se han ocupado de síndromes y tipos, no de números. Sin embargo, a la hora de pensar sobre la dinámica de la sociedad como un todo, los números son muy importantes. La política sexual es política de masas y el pensamiento estratégico necesita ocuparse de los lugares en los cuales se encuentran las masas de gente. Si una gran cantidad de hombres tiene alguna relación con el proyecto hegemónico pero no incorpora la masculinidad hegemónica, necesitamos una forma de teorizar su situación específica.

Esto puede lograrse si reconocemos otras relaciones entre los grupos de hombres: relaciones de complicidad con el proyecto hegemónico. Las masculinidades que se construyen en formas que aprovechan el dividendo del patriarcado, sin las tensiones o riesgos que conlleva estar en la vanguardia del patriarcado, son cómplices, según este punto de vista.

Es grande la tentación de considerarlas sólo versiones sutiles de la masculinidad hegemónica —la misma diferencia que existe entre los hombres que gritan cuando ven los juegos de futbol americano en la televisión y los que corren en el lodo y se tiran—. Sin embargo, la situación es más precisa y está mucho más amañada. El matrimonio, la paternidad y la vida comunitaria a menudo suponen compromisos profundos con las mujeres, y no una dominación evidente o una muestra incuestionable de autoridad.[18] Muchos hombres que aprovechan los dividendos patriarcales también respetan a sus esposas y madres, nunca son violentos con las mujeres, hacen lo que les corresponde en el trabajo de la casa, llevan su salario a la familia y están convencidos de que el feminismo se debe a extremistas como las que quemaban los brassieres el siglo pasado.

[18] Por ejemplo, las familias blancas estadounidenses descritas en Rubin, 1976.

Marginación

La hegemonía, la subordinación y la complicidad, como las definimos anteriormente, son relaciones internas del orden de género. La interacción del género con otras estructuras como la clase y la raza ocasiona nuevas relaciones entre las masculinidades.

En el capítulo 2 apunté la forma en la cual la nueva tecnología de la información se convirtió en un vehículo que redefinía las masculinidades de la clase media, en un momento en el cual el significado del trabajo de los obreros se cuestionaba. El problema no es el de una masculinidad de clase media fija que se enfrenta a una masculinidad obrera, también fija. Ambas se están reconformando por la dinámica social en la cual las relaciones de clase y género interactúan simultáneamente.

Las relaciones raciales también pueden llegar a ser parte integral de la dinámica entre masculinidades. En un contexto de supremacía blanca, las masculinidades negras desempeñan roles simbólicos para la construcción de género de los blancos. Así, los grandes deportistas negros son ejemplo de fuerza masculina, mientras que la figura fantástica del violador negro desempeña un papel importante en la política sexual entre los blancos, papel muy explotado por la política de derecha en Estados Unidos. A la inversa, la masculinidad hegemónica entre los blancos sostiene la opresión institucional y el terror físico que ha contextualizado la conformación de las masculinidades en las comunidades negras.

La discusión de Robert Staples sobre el colonialismo interno, en su libro *Black Masculinity* (*La masculinidad negra*), muestra el efecto de las relaciones de clase y raza en el mismo momento. Como sostiene Staples, el nivel de violencia entre los hombres negros estadounidenses sólo puede comprenderse a través del cambio de lugar que ha tenido la mano de obra negra en el capitalismo estadounidense, y los violentos medios utilizados para controlarla. El desempleo masivo y la pobreza urbana interactúan fuertemente con el racismo institucional para conformar la masculinidad negra.[19]

[19] Staples, 1982. La bibliografía estadounidense más reciente sobre la masculinidad negra (por ejemplo, Majors y Gordon 1994), se ha distanciado preocu-

Aunque el término *marginación* dista mucho de ser el ideal, no puedo encontrar otro que explique mejor las relaciones entre las masculinidades de las clases dominantes y subordinadas, o de los grupos étnicos. La marginación siempre es relativa a la forma de *autoridad* de la masculinidad hegemónica del grupo dominante. Así, en Estados Unidos, los atletas negros pueden ser ejemplos de la masculinidad hegemónica. Sin embargo, la fama y la riqueza de las estrellas individuales no tienen ninguna consecuencia profunda que se traduzca en mayor autoridad social para los negros.

La relación entre la marginación y la autoridad puede existir también entre las masculinidades subordinadas. Un ejemplo notable es el arresto y condena de Oscar Wilde, uno de los primeros hombres atrapados por las redes de la moderna legislación contra la homosexualidad. A Wilde se le acusó debido a sus relaciones con jóvenes de la clase obrera homosexual, práctica que no fue atacada sino hasta que su contienda legal con un rico aristócrata, el marqués de Queensberry, lo volvió vulnerable.[20]

Estos dos tipos de relaciones —por un lado, hegemonía, dominación/subordinación y complicidad, y, por otro, marginación/autoridad— constituyen un marco en el cual podemos analizar masculinidades específicas. (Se trata de un marco disperso, pero la teoría social debe ser difícil). Quisiera enfatizar que términos como "masculinidad hegemónica" y "masculinidades marginadas" no designan tipos de carácter fijos sino configuraciones de la práctica generadas en situaciones particulares y en una estructura de relaciones mutable. Cualquier teoría realmente útil de la masculinidad debe explicar este proceso de cambio.

Dinámica histórica, violencia y tendencias a la crisis

Para reconocer el género como un patrón social requerimos considerarlo como un *producto* de la historia y también como un

pantemente del análisis estructural de Staples a la teoría de los roles sexuales; no sorprende el hecho de que la estrategia política que favorece es la de los programas de asesoría para resocializar a los jóvenes negros.

[20] Ellmann, 1987.

productor de historia. En el capítulo 2 definí la práctica ligada al género como ontoformativa, como constituyente de la realidad; el concepto exige que se considere la realidad social como dinámica respecto al tiempo. Normalmente pensamos en lo social como algo menos real que lo biológico, en lo que cambia como algo menos real que lo que permanece igual. Sin embargo, en la historia existe una realidad colosal. Se trata de la modalidad de la vida humana; precisamente lo que nos define como humanos. Ninguna otra especie produce y vive en la historia, reemplazando radicalmente la evolución orgánica con nuevos determinantes de cambio.

En consecuencia, reconocer la masculinidad y la feminidad como históricas no significa considerarlas frágiles o triviales. Lo que se consigue es localizarlas de manera firme en el mundo de la *agencia* social. Con ello surge una gran variedad de cuestionamientos acerca de su historia.

Las estructuras de las relaciones de género se forman y transforman con el tiempo. La bibliografía histórica normalmente ha considerado que el cambio se da desde afuera del género —de la tecnología o de la dinámica de clases, la mayoría de las veces—. Sin embargo, el cambio también se genera dentro de las relaciones de género. La dinámica es tan antigua como las relaciones de género mismas. No obstante, durante los dos últimos siglos ha sido definida con más claridad gracias a que surgió una política pública de género y sexualidad.

Con el movimiento a favor del sufragio femenino y los inicios del movimiento homofílico,* el conflicto de intereses involucrado en las relaciones de género se hizo visible. Los intereses se forman en cualquier estructura de desigualdad, lo que necesariamente define a grupos que sacarán ventajas (o se verán en desventaja) de manera distinta al sostener o cambiar la estructura. Un orden de género en el que los hombres dominan a las mujeres no puede evitar constituir a los hombres como un grupo de intereses preocupado por la defensa de la estructura, y a las mujeres como un grupo de intereses preocupado por cambiarla. Esto

* "Homofílico" es un término pasado de moda que fue utilizado en un principio en las organizaciones que luchaban por las libertades civiles y homosexuales. Significa prohomosexual y no sólo se refiere a la sexualidad.

es un hecho estructural, independiente de si los hombres como individuos aman u odian a las mujeres, o si creen en la igualdad o la subordinación extrema, e independiente de si las mujeres en realidad buscan el cambio.

Al hablar de ganancias patriarcales estamos refiriéndonos exactamente a la cuestión de los intereses. Los hombres obtienen una ganancia del patriarcado en lo que se refiere al honor, prestigio y derecho a ordenar. También obtienen una ganancia material. En los países capitalistas ricos, el promedio de los ingresos de los hombres duplica el promedio de los ingresos de las mujeres. (Las comparaciones más comunes de las proporciones de ingresos subestiman ampliamente las diferencias mismas, relacionadas con el género). Es mucho más fácil encontrar a hombres que controlen grandes bloques de capitales, como directores ejecutivos de grandes corporaciones o como dueños directos. Por ejemplo, de 55 fortunas estadounidenses con más de un billón de dólares en 1992, sólo cinco estaban en manos de mujeres —y en todos los casos, excepto uno, se debía a que lo heredaron de hombres.

Es mucho más común que los hombres tengan el poder estatal: por ejemplo, es diez veces más fácil encontrar a hombres como miembros de parlamentos que a mujeres (en promedio considerando a todos los países del mundo). ¿Será porque los hombres hacen casi todo el trabajo? No: en los países ricos, los estudios de tiempo y presupuesto muestran que las mujeres y los hombres trabajan en promedio más o menos el mismo número de horas al año (la diferencia está en qué tanto de este trabajo se paga).[21]

Si consideramos estos hechos, resulta que la "guerra de los sexos" no es cosa de broma. La lucha social surge de desigualdades como ésta. La conclusión es que la política de la masculinidad no puede preocuparse únicamente de la vida personal y la identidad. También tiene que plantear cuestiones de justicia social.

[21] Para los patrones de riqueza, véase la investigación sobre los millonarios estadounidenses de la revista *Forbes*, 19 de octubre de 1992. Sobre parlamentos, véase la investigación de 1993 de la Unión Interparlamentaria, incluida en el *San Francisco Chronicle*, del 12 de septiembre de 1993, y el United Nations Development Programme 1992, p. 145. Los resultados de los estudios que consideran los tiempos y presupuestos sorprenderán a más de una persona; véase Bittman, 1991.

Es difícil imaginar una estructura de la desigualdad a esta escala, que incluye el despojo masivo de recursos sociales, sin violencia. Lo que resulta sorprendente es que el género dominante es el que tiene y utiliza los medios de la violencia. Es mucho más común ver hombres armados que mujeres. Es más, en muchos regímenes estructurados con base en el género, a las mujeres se les prohíbe portar y usar armas (regla que, por si fuera poco, muchas veces se mantiene en los mismos ejércitos). Las definiciones patriarcales de la feminidad (dependencia, miedo) resultan en un desarme cultural que pudiera ser tan eficaz como uno físico. Los casos de violencia doméstica a menudo muestran a mujeres maltratadas, quienes, aunque físicamente son capaces de valerse por sí mismas, han aceptado las definiciones de quien las maltrata y se consideran incompetentes e indefensas.[22]

La situación ocasiona dos patrones de violencia. En primer lugar, muchos de los miembros del grupo privilegiado utilizan la violencia para sostener su dominación. La intimidación de las mujeres va desde los silbidos en la calle, el acoso en las oficinas, la violación y el asalto domésticos, hasta el asesinato cometido por el "dueño" patriarcal de la mujer —por ejemplo un marido separado—. Los ataques físicos van normalmente acompañados por el abuso verbal a las mujeres (en la música popular reciente que recomienda golpear a las mujeres se les llama putas). La mayoría de los hombres no atacan ni acosan a las mujeres; pero quienes sí lo hacen no se consideran desviados. Por el contrario, normalmente sienten que tienen una justificación plena, que ejercen un derecho. La ideología de la supremacía los autoriza a comportarse así.

En segundo lugar, la violencia se vuelve un elemento importante en la política estructurada con base en el género entre los hombres. La mayoría de los episodios de violencia grave (incluidos el combate militar, el homicidio y el asalto a mano armada) son transacciones entre hombres. El terror se utiliza como una forma de trazar límites y excluir, como en la violencia heterosexual contra los hombres gays. La violencia puede convertirse en una forma de reclamar o asegurar la masculinidad en las luchas

[22] Este argumento se basa en Russell, 1982; Connell, 1985; Ptacek, 1988 y Smith, 1989.

de grupo. Cuando el grupo oprimido obtiene los medios para la violencia, el resultado es un proceso muy explosivo —como lo atestiguan actualmente los niveles de violencia entre hombres negros en Sudáfrica y Estados Unidos—. La violencia de las pandillas de jóvenes en las calles urbanas constituye un ejemplo notable de la afirmación de masculinidades marginadas en contra de otros hombres, análoga a la afirmación de la masculinidad en la violencia sexual en contra de las mujeres.[23]

La violencia puede utilizarse para reforzar una política de género de características reaccionarias, como en los recientes ataques con bomba y los asesinatos en las clínicas de abortos en Estados Unidos. También debemos mencionar que la violencia colectiva entre los hombres puede abrir posibilidades de progreso en las relaciones de género. Las dos guerras mundiales del siglo XX produjeron transiciones muy importantes en el trabajo de las mujeres, resquebrajaron la ideología de género y aceleraron la formación de comunidades homosexuales.

La violencia es parte de un sistema de dominación, pero al mismo tiempo es una medida de su imperfección. Una jerarquía que estuviera fuertemente legitimada tendría menos necesidad de intimidar. La proporción de violencia contemporánea señala tendencias hacia la crisis (para usar un término de Jürgen Habermas) en el orden de género moderno.

El concepto de *tendencias a la crisis* tiene que distinguirse del sentido coloquial en el cual hablamos de una "crisis de la masculinidad". Como término teórico, *crisis* presupone un sistema coherente de algún tipo, que se destruye o restaura gracias a lo que la crisis produce. La masculinidad, como hasta ahora hemos visto, no es un sistema según este sentido. Más bien es una configuración de la práctica *dentro* de un sistema de relaciones de género. No podemos hablar de forma lógica de la crisis de una configuración; en su lugar hablaremos de su fractura o transformación. Sin embargo, sí podemos hablar lógicamente de la crisis de un orden de género como un todo, y de sus tendencias hacia la crisis.[24]

[23] Messerschmidt, 1993, pp. 105-117.

[24] Para el concepto general de tendencias hacia la crisis, véase Habermas, 1976; O'Connor, 1987; para su relevancia en el género, Connell, 1987, pp. 158-163.

Este tipo de tendencias a la crisis siempre incluirán a las masculinidades, aunque no necesariamente las fracturarán. Las tendencias hacia la crisis provocarán, por ejemplo, intentos de restablecer la masculinidad dominante. Michael Kimmel ha notado esta dinámica en la sociedad que vivió el cambio del siglo XIX al XX en Estados Unidos, en donde el miedo al movimiento a favor del sufragio femenino enfatizó el culto al hombre que trabaja al aire libre. Klaus Theweleit in *Male Fantasies* (*Fantasías masculinas*) analizó el proceso, aún más salvaje, que produjo la política sexual del fascismo después del movimiento por el sufragio y la derrota alemana en la primera guerra mundial. Más recientemente, la liberación de las mujeres y la derrota en Vietnam avivaron nuevos cultos a la verdadera masculinidad, en Estados Unidos, desde violentas películas de "aventuras", como la serie de Rambo, hasta la expansión del culto a las armas y lo que William Gibson, en un aterrador estudio reciente, llama "cultura paramilitar."[25]

Entonces, para comprender la forma en la cual se construyen las masculinidades actuales debemos rastrear las tendencias hacia la crisis del orden de género. No se trata de algo sencillo, pero se puede comenzar utilizando como marco contextual las tres estructuras de las relaciones de género que ya definimos en este mismo capítulo.

Las *relaciones de poder* muestran la evidencia más visible de tendencias hacia la crisis: el colapso histórico de la legitimidad del poder patriarcal y el movimiento mundial por la emancipación de las mujeres. El argumento se mantiene vivo gracias a la contradicción subyacente entre la desigualdad de los hombres y las mujeres, por un lado, y la lógica universalizadora de las estructuras del Estado moderno y las relaciones de mercado, por el otro.

La incapacidad de las instituciones de la sociedad civil, especialmente la familia, para resolver esta tensión provoca que el Estado actúe (desde la legislación familiar hasta en la política de población) de manera amplia, aunque incoherente, lo cual, a su vez, se convierte en el foco de la turbulencia política. Las masculinidades se reconfiguran alrededor de esta tendencia a la crisis

[25] Kimmel, 1987; Theweleit, 1987; Gibson, 1994.

a través del conflicto sobre las estrategias de legitimación y de las divergentes respuestas de los hombres al feminismo (capítulo 5). La tensión conduce a algunos hombres a los cultos a la masculinidad que acabamos de mencionar, pero a otros los lleva a apoyar las reformas feministas.[26]

Las *relaciones de producción* también han sido un lugar en donde se dan los cambios institucionales masivos. Es notable el gran crecimiento que tuvo, en los años de posguerra, el empleo de mujeres casadas en los países ricos y la aún mayor incorporación de la mano de obra de las mujeres en la economía monetaria de los países pobres.

Entre la contribución equitativa de los hombres y las mujeres a la producción y la apropiación de los productos del trabajo social, estructurados con base en el género, existe una contradicción esencial. El control patriarcal de la riqueza se sostiene por mecanismos hereditarios que, sin embargo, convierten a ciertas mujeres en dueñas dentro del sistema de propiedad. La turbulencia del proceso de acumulación estructurado con base en el género crea una serie de tensiones y desigualdades en las oportunidades que tienen los hombres para beneficiarse del mismo. Algunos hombres, por ejemplo, son excluidos de los beneficios por ser desempleados (capítulo 4); otros más obtienen ventajas de sus relaciones con las nuevas tecnologías físicas y sociales (véase capítulo 7).

Las *relaciones de catexis* han cambiado visiblemente al estabilizarse la sexualidad gay y lesbiana como alternativas públicas dentro del orden heterosexual (véase capítulo 6). Las demandas de las mujeres, relacionadas con el placer sexual y el control sobre sus propios cuerpos, que afectaron tanto a la práctica heterosexual como a la homosexual, sostuvieron este cambio.

El orden patriarcal prohíbe formas de emoción, afecto y placer que la sociedad patriarcal misma produce. Las tensiones se desarrollan alrededor de la desigualdad sexual y los derechos de los hombres en el matrimonio, alrededor de la prohibición del afecto homosexual (dando por sentado que el patriarcado constantemente produce instituciones homosociales) y de la amenaza que las libertades sexuales simbolizan para el orden social.

[26] Respuesta ampliamente documentada por Kimmel y Mosmiller, 1992.

Este esbozo de las tendencias hacia la crisis es una breve descripción de un tema muy extenso, pero tal vez sea suficiente para mostrar los cambios en las masculinidades desde una perspectiva bastante cercana a la realidad. El panorama es mucho más amplio de lo que las imágenes del rol sexual masculino modernas o el renacimiento de lo masculino profundo suponen. La economía, el Estado y las relaciones globales están involucradas, lo mismo que las relaciones personales y domésticas.

Las amplias transformaciones que las relaciones de género han sufrido alrededor del mundo producen cambios extremadamente complejos en las condiciones de la práctica a las que los hombres y las mujeres se tienen que enfrentar. En este ámbito de cambio, nadie puede ser únicamente un espectador ingenuo. Todos estamos comprometidos a construir un mundo de relaciones de género. La forma en la cual este mundo se construye, las estrategias que diferentes grupos siguen, los efectos que se obtienen, son cuestiones políticas. Los hombres, al igual que las mujeres, están encadenados a los patrones de género que han heredado. Los hombres también deben tener opciones políticas en un nuevo mundo de relaciones de género. Sin embargo, dichas opciones siempre se presentarán en circunstancias sociales concretas que limitarán aquello que puede intentarse; las consecuencias no son fáciles de controlar.

Comprender un proceso histórico tan profundo y complejo como el anterior no es una tarea para la teorización *a priori*. Requiere de una investigación concreta; de forma más exacta, de una serie de estudios que puedan ilustrar la dinámica mayor. Ése es el proyecto de la segunda parte del presente libro.